

A DOSCIENTOS AÑOS LAS LLAVES DE INGRESO A LA NACIÓN PERUANA

Santiago Pedraglio*

[Los] estudios transculturales continuaron hasta que precisamente mi trabajo en el Hospital Obrero, en contacto con los obreros —muchos de ellos gente venidos del interior de la república—, me [hizo] ver muy claro que había un fenómeno no solo descuidado sino tratado de ignorar y, más que eso todavía, vituperado por la medicina oficial —llamémosla así—: el curanderismo.

Carlos Alberto Seguín

A partir de mediados del siglo XX, la Lima actual se armó a empujones. La invasión de los arenales fue el método privilegiado para conseguir dónde vivir. A la zaga llegó el Estado, como producto de movilizaciones sociales por servicios: luz, agua, desagüe, escuelas, postas médicas, pistas afirmadas, atención en hospitales públicos, lo que dio lugar a nuevas relaciones y descubrimientos mutuos, como aquel al que hace referencia Carlos Alberto Seguín (1907-1995) en el epígrafe de este artículo. En el origen hubo siempre una iniciativa familiar y de compaisanos organizados. Ciertamente, también hubo los traficantes de tierras; pero la clave era resolver la urgente necesidad de vivir, autoorganizándose y soslayando al Estado —no enfrentándolo, en lo posible— y eludiendo normas y leyes. Ese empuje fue evolucionando. Los conos y sus distritos se convirtieron en ciudades con municipios, con orden y con caos, con familias adineradas, nuevas clases medias y, cómo no, también con mucha pobreza.

* Sociólogo, magíster por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM) y doctorando en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Ejerció el periodismo y es docente universitario de comunicación política en la PUCP (2021) y de sociología en la maestría de la UNMSM (2020). Colabora con publicaciones periódicas diversas. Autor de *Conversaciones. Con ojos del siglo XX* (2014, Lima, Fondo Editorial de la PUCP). <spedraglio@pucp.pe>

La crisis de los años ochenta y noventa del siglo pasado y la posterior predominancia del discurso neoliberal fracturaron las antiguas organizaciones laborales, sociales y políticas. Los peruanos dejaron —aún más— de confiar en el Estado y en los partidos políticos que quedaron en (un) pie. La informalidad cobró fuerza. El discurso y la práctica individualista se instalaron en este contexto de crisis, y así se agravó el fraccionamiento del país. Se impuso el empoderamiento individualista, aunque manteniendo núcleos y redes familiares, de amistad o paisanaje que funcionan como servicios de ayuda mutua. Hijos, nietos y bisnietas de las migraciones se convirtieron en consumidores significativos para el sistema económico.

En paralelo, desde inicios del siglo XXI millones de celulares son el vehículo revolucionario del cambio comunicacional. El intercambio de información y el trato se produce a raudales por las redes sociales y la telefonía personalizada. Según una encuesta nacional del Instituto de Estudios Peruanos (IEP 2020), entre personas de 18 años a más, de todos los sectores socioeconómicos, el uso del WhatsApp es masivo —93% en Lima, 88% en el Perú urbano y 73% en el Perú rural—, lo mismo que el del Facebook —88% en Lima, 86% en el Perú urbano y 72% en el Perú rural—. No es de extrañar que este proceso comunicacional esté impactando en la percepción sobre sí mismos y sus comunidades de origen y nacional, y en la relación con la —antigua y hasta hace unos años predominante— cultura criolla. Esto, porque implica un mayor protagonismo individual y la construcción de redes de poder vía un intercambio social amplio y frecuente.

Como resultado de estos procesos —migración, individualismo, nuevas formas de comunicación—, numerosos peruanos tienen más derechos, aunque no cuenten con las mismas oportunidades ni posibilidades de ejercerlos y disfrutarlos, puesto que la desigualdad económico-social sigue siendo poderosa.

¿Quién tiene las llaves?

¿Cuánto hemos avanzado en reconocernos como nación? Pero, antes: ¿cuál es la pregunta adecuada para dilucidarlo? ¿Se trata de saber cuánto han aceptado los criollos incluir a los indígenas o a los cholos en su “comunidad nacional imaginada” (Anderson 2006)? ¿Serán estos criollos los que tienen en sus manos decidir quiénes formamos parte de la nación y quiénes no? Este ángulo de ingreso tiene varias dificultades. La más importante: le sigue otorgando a un sector la llave de ingreso a la nacionalidad, el poder de decidir quiénes son y quiénes no son peruanos de plenos derechos, como se perciben ellos.

La pregunta clave podría ser, más bien, entonces, cuánto hemos avanzado en saber, sentir y pensar que conformamos una nación con *los iguales* y con *los otros*, al margen de desigualdades y prejuicios.

El camino de saberse reconocidos en —y pertenecientes a— la nación peruana ha sido complicado para numerosos compatriotas, y sigue siéndolo, aunque para un porcentaje menor. Ha sido una lucha cotidiana y es un conflicto vivo. Pero el camino no ha consistido solo en imponerse como igual en la percepción excluyente del otro, del que te ve como adversario o del que te desprecia. Así se ha ido construyendo esta nueva nación imaginada, de la que no solo los criollos tienen la llave de acceso: hay múltiples formas de ingresar, y todas van cambiando la idea del Perú. Incluso los aculturados han ayudado a cambiar el país; también se han empoderado, aunque hayan asumido valores, gustos, símbolos de poder y de prestigio propios de quienes por décadas o siglos los excluyeron de “su” nación.

El proceso es más complejo porque numerosos peruanos mantienen y defienden su comunidad simbólica —idioma, cantos, comidas, costumbres, fidelidades ancestrales, redes sociales y de influencia—, lo que impulsa la construcción de una nación que ya no es ni la criolla primigenia ni tampoco la indígena originaria. No es mestiza; es diversa. Es otra “comunidad”, multicultural, podría decirse, la que probablemente Arguedas preferiría. En eso estamos. Cada día más personas, desde sus identidades e historias, reconocen en el “diferente” a un similar con derechos. Y cada día crece el orgullo de la diferencia y de sentirse como un “demonio feliz”, que “habla en cristiano y en indio” (Arguedas 2013: 16).

Conversando con la definición de Anderson

Benedict Anderson sostiene que nación es “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. [...] Es *imaginada* porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (2006: 23).¹

Es cierto que en el Perú no existe el “compañerismo profundo, horizontal” del que habla Anderson, cuya existencia él presupone “independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto pueden prevalecer en cada caso” (2016: 25); pero también lo es que —salvo, quizás, en casos de guerra externa— no existe en la gran mayoría de países, incluso en los que no discutirían su carácter de nación. Pensemos en Estados Unidos, con un racismo activo e hiriente; España, con una Cataluña que a menudo quiere separarse; Italia, con un norte y un sur que no se aprecian mucho; e incluso Chile, con su “problema” mapuche.

1. Complementa implícitamente su idea con una cita de Ernest Renan (1823-1892): “Ahora bien, la esencia de una nación está en que todos los individuos tengan muchas cosas en común y también que todos hayan olvidado muchas cosas” (Anderson 2016: 23).

En el Perú, el imaginario de formar parte de una misma nación está presente, existe. Falta fraternidad y sobra desigualdad, pero también hay cada vez menos servilismo; y, quebrada la hegemonía blanca criolla, el reconocimiento de la multiculturalidad se ha impuesto. Finalmente, como sostiene Renan, “La existencia de una nación [...] es como un plebiscito cotidiano, al igual que la existencia del individuo es una afirmación perpetua de la vida” (2006 [1882]: 89).²

La fuerza del presente

Los prejuicios y las jerarquías sociales y raciales no han desaparecido, ni entre los llamados sectores altos criollos limeños ni entre las élites regionales ni entre quienes son parte de los antiguos y los nuevos sectores medios. La jerarquización social está ahí; sigue habiendo playas, discotecas y clubes exclusivos; las trabajadoras del hogar provienen de la sierra o de la selva —y, si no ellas, sus padres o sus abuelos—. El cambio consiste en que el imaginario autorreferencial de aquella comunidad nacional de clara impronta criolla está resquebrajado y se va convirtiendo inexorablemente en algo marginal.

Este proceso se incrementó con la crisis de la década de 1980, y con el desarrollo neoliberal de los noventa y la consiguiente consolidación del individualismo y la informalidad (Martuccelli 2015). Aun manteniendo redes familiares y amicales, el individualismo extremo —sin una ciudadanía de plenos derechos— ha alentado la construcción de múltiples e híbridas identidades. Esto, no solo porque el sector criollo —en especial el adinerado— es cada vez menor en términos numéricos, sino también porque es cada vez menos influyente su idea de un país estamental.³ Si bien sigue controlando o representando a importantes grupos económicos, y si bien, como individuos, un considerable grupo mantiene activa su capacidad de ofender y herir sensibilidades, a la amplia mayoría de peruanos

2. Guillermo Nugent (2016) amplía las bases de la comunidad imaginaria nacional al atribuirle a la cultura audiovisual —no solo a la escrita, subrayada por Anderson— el gran poder de que las personas se *imaginen* como integrantes de una comunidad nacional. Más aún cuando hablamos de un país como el Perú, con predominancia de una cultura oral, como señala el mismo Nugent.

3. Según el censo del 2017, los peruanos autoidentificados como indígenas u originarios de los Andes “[...] equivalen al 24,9% de la población censada de 12 y más años de edad del país”. En números: 5.771.885 habitantes, de un total de 23.196.391. Se definieron como personas “blancas” 1.366.931 personas (5,9%); “mestizas”, 13.965.254 (60,2%); y “afrodescendientes”, 828.841 (3,6%). Las regiones con más población “indígena u originaria de los Andes” son Lima (23,1%), Lima Provincias (20,8%), Puno (14,9%) y Cusco (12,4%) (INEI 2018).

su presencia y sus puntos de vista sobre qué *es* y cómo *debe ser* el país le importan cada vez menos.

Amplios sectores de la economía y de la política han sido copados o “inva-didos” por sectores altos cholos que no heredan la identidad criolla, y que no se sienten inferiores a los criollos. Habiendo dinero, los contratan como abogados o como psicólogos, consultores o asesores de campaña electoral, tal como a cualquier otro profesional. Más aún, a menudo ni siquiera los tienen como referencia para “actuar en público” o para “vestirse bien”.

En el Perú, millones de personas marginadas por las élites criollas han ido tomando por asalto su país.

La nación del otro y la que habita en nosotros

El desafío decisivo es personal; el reconocimiento de que tenemos de andinos o de amazónicos o de afrodescendientes; y que los andinos, los amazónicos y los afrodescendientes tienen de la cultura criolla o, si se quiere llamar, “occidental”. No estoy hablando solo de un “tener” biológico, sino sobre todo cultural. Aceptar y valorar esta múltiple identidad cultural es un desafío decisivo. Es una ficción afirmar que uno no discrimina si condena una parte de su identidad, de su herencia, que es una manera de desconocerse y rechazarse.⁴

Desde la ubicación mestiza o blanca criolla, el asunto es reconocer qué aspectos de nuestra identidad —culturales o étnicas— tienen una base indígena o afrodescendiente, y apreciarlos, no esconderlos ni menospreciarlos. No obstante, suele darse algo más profundo que un simple proceso —o esfuerzo— de “blanqueo”; algo que va desde esconder el lado mestizo de la familia hasta luchar individualmente por borrar, olvidar, anular el ámbito de origen, el color de la piel, el tipo de cabello, el idioma de los abuelos. No hay *pureza* cultural ni racial posible, menos aún a estas alturas del siglo XXI en el Perú.

Juan Carlos Ubilluz, utilizando una expresión de Arguedas,⁵ insiste con acierto en que la idea de los indígenas como “una nación cercada” es equívoca:

4. Fidel Tubino dice bien que “El reconocimiento de nuestro país como una multiplicidad de tradiciones no tiene por qué devolvernos a la nostalgia del bien perdido. El mito del bien perdido es resultado de una idealización del pasado que nos sepulta e impide mirarnos como ‘proyecto de vida en común, instrumento de trabajo en función del porvenir’” (2015: 346). El entrecomillado interno es una frase de Jorge Basadre.

5. “El vínculo [entre la gran nación cercada y la parte humana, generosa de los opresores] podía universalizarse, extenderse; se mostraba un ejemplo concreto, actuante. El cerco podía y debía ser destruido; el caudal de las dos naciones se podía y debía unir. Y el camino no tenía por qué ser, ni era posible que fuera únicamente el que se exigía

“Su persistencia es también un tema de vital actualidad. Pues la imagen de un mundo andino arcaico es el sostén de la imposición de un proyecto moderno que responde menos a los deseos de los habitantes que a los intereses de la alianza estratégica entre el Estado, las transnacionales y los grupos nacionales de poder económico” (2009: 82). No hace referencia solo —así lo interpreto— a un vínculo de las comunidades andinas con el mundo criollo, sino también al contacto múltiple de “naciones” en la identidad de una persona.

El proceso de trasmisión de culturas es fino, poroso, y se concreta a través de diferentes rostros y modalidades. Podría narrar varias historias personales al respecto, pero hay una que valoro especialmente. Como hijo de una familia de sector medio criollo limeño de mediados del siglo XX, que alguna vez fue económica y socialmente acomodada, tuve de niño una empleada del hogar. Ella era ayacuchana —de Coracora, provincia de Parinacochas— y a través de su cariño, de las historias de su pueblo, sus cuentos, sus comidas, tuve mi primer contacto con el mundo serrano. Sus retornos de vacaciones y sus historias sobre las fiestas patronales, las corridas de toros, los bailes, las pequeñas intrigas entre familias, eran una fiesta para mí y despertaban mi imaginación. Sus historias eran inacabables. En esos años aprendí a saborear la cancha y el queso serrano, como también su música y algunas palabras o frases cariñosas en quechua. De los efectos que tuvo en mí esa relación infantil, en mi ser y sentir las cosas y a las personas, recién fui plenamente consciente años después; y así entendí por qué, por ejemplo, me emocionaba cuando escuchaba determinada música serrana o leía algunos poemas de Arguedas.

Amartya Sen sostiene la necesidad de reconocer que los seres humanos somos herederos de identidades múltiples:

La visión de la filiación singular sería difícil de justificar mediante la burda suposición de que cualquier persona pertenece a un grupo y solo a un grupo. Está muy claro que cada uno de nosotros pertenece a muchos. Sin embargo, esa visión tampoco puede justificarse fácilmente afirmando que, a pesar de la pluralidad de los grupos a los que cualquier persona pertenece, existe en cada situación, algún grupo que naturalmente es la colectividad preeminente para ella, y que la persona no puede decidir sobre la importancia relativa de sus diferentes categorías (2007: 52-53).

con imperio de vencedores expoliadores, o sea: que la nación vencida renuncie a su alma, aunque no sea sino en la apariencia, formalmente, y tome la de los vencedores, es decir, que se aculture. Yo no soy un aculturado; soy un peruano que orgullosamente, Arguedas habla de “una gran nación cercada”, pero pone énfasis en aquello que se puede y se debe unir. Más aún, se coloca como un ejemplo de ruptura de los cercos.

Tenemos que reconocer, pues, no solo que somos un país diverso; es crucial reconocer nuestra diversidad interna, personal. Diversidad referida sobre todo a lo vivencial: gustos, sexualidad, saberes, sensibilidades. Es reconocer la capacidad del “otro” de construir su propia identidad nacional.

Un cambio con una larga historia

La iniciativa del cambio gradual ha venido sobre todo de uno de los lados, sin que esto signifique entender que son solo “dos lados”, pues son torrentes que vienen desde antaño. Cómo olvidar los maltratos de siglos contra andinos, afrodescendientes o amazónicos, pero también cómo olvidar sus luchas pequeñas pero cruciales, llevadas incluso a tribunales, o aquellas expresadas en rebeliones del siglo XVIII e insurgencias del XIX. Leamos a Nicolás Granados y Apolinario de Paz, “alcaldes ordinarios de Huaraz”, campesinos de Áncash, liderados por Atusparia, dirigiéndose “Al Excelentísimo Señor Presidente [Andrés Avelino] Cáceres”, en 1887:

[...] conocemos el deber sagrado que tenemos como verdaderos ciudadanos de la Nación mas hoy en el día las circunstancias en que nos hallamos de suma pobreza a consecuencia de las ultimas convulsiones políticas por las que ha atravesado el país... nos coloca en la imprescindible y absoluta necesidad de molestar la atención de V. E., suplicándole a la vez se digne dictar se de cumplimiento a las leyes [...] durante el coloniaje gozamos los indigenas, como V. E. sabe muy bien, de la comunidad de pastos, montes y aguas establecidas por las primeras de dichas leyes, sin restricción alguna [...]. Vino la independencia y, ni mas ni menos, que si ella no hubiera sido conseguida sino en beneficio de los mestizos y espanoles, vimos con dolor que comenzo a ponernos estorbos al ejercicio de estos derechos (en Thurner 2006: 189-190).

Hace unos años, un compañero de universidad, de Huancayo, me dijo algo que fue una revelación: “Mira: en el valle del Mantaro no recordamos la guerra con Chile como una derrota. Sentimos orgullo, porque fuimos la resistencia. ¿No te has dado cuenta de que la danza de los avelinos es un homenaje a la resistencia campesina?”⁶ A propósito de esa resistencia, Nelson Manrique considera que “A lo largo de ese conflicto [...] se logró afirmar una conciencia nacional en importantes sectores sociales tradicionalmente marginados, como sucedió con el campesinado de la sierra central, que se movilizó masivamente contra la ocupación chilena durante la Campaña de la Breña” (2005).

6. La danza de los avelinos, del distrito de San Jerónimo de Tunán, está declarada Patrimonio Cultural de la Nación.

En el sur andino encontramos numerosos testimonios de pertenencia a la nación. Ponciano del Pino (2017) sostiene que los líderes indígenas campesinos de Uchuraccay, Huanta, Ayacucho, tan golpeados por la guerra interna (1980-2000), no dejaron nunca de sentir que ellos eran los “representantes del gobierno”; e informa cómo desde cien años antes ya venían a Lima “desde los más alejados lugares del Perú a la capital política de la república” (2017: 14), en delegaciones, para ser recibidos por el correspondiente presidente de la república y presentar sus demandas. Carlos Iván Degregori, por su parte, refiriéndose a las rondas que surgieron durante el conflicto armado interno en Ayacucho —con un papel clave en la derrota de Sendero Luminoso—, afirma que estas “Han levantado la moral, elevado la autoestima y otorgado cierto poder al campesinado, incluyendo a la población más india (quechuahablante), más rural, más pobre” (1996: 27). Puntualiza, eso sí, que “no han eliminado [...] las contradicciones internas, los nuevos caudillismos y las viejas discriminaciones” (1996: 27).

Ciertamente, no se trata de idealizar, sino de ver que, cuando en la comunidad de Challhuahuacho, provincia de Cotabambas, región Apurímac, los representantes del Estado y la comunidad cantan el himno nacional juntos, antes de iniciar las reuniones de negociación por algún conflicto con la empresa minera —tensas, como todas sus similares—, se está muy lejos de estar cumpliendo con una formalidad.⁷ El sentido de pertenencia se encuentra vivo en ese acto, como cuando se instala una bandera peruana en una toma de tierras o se enarbola en una marcha por la democracia.

La Amazonía, negada por siglos, ha aparecido con vigor en la “comunidad imaginada” nacional. La protesta de junio del 2009, que se concentró en Bagua, mostró, a pesar de su trágico final, que podían unirse desde Amazonas, en el norte, hasta Madre de Dios, en el sur, para exigir respeto y reconocimiento.

Desde los inicios de la república, durante el siglo XIX y muchos momentos del XX los “mestizos” han tenido protagonismo político. Hoy son mayoría en el espacio político, tienen intereses individuales y representan intereses regionales particulares, sectoriales o empresariales, aunque, igual que los de cualquier otro origen, no necesariamente son todos muy santos. Grandes grupos económicos están compuestos por familias de procedencia popular, a veces de la sierra sur o central. No es que por proceder de allí sean más —o menos— “buena gente”; son empresarios con sus particularidades, como todos. Lo importante es el lugar que ocupan en una estructura a la que antes no tenían acceso.

Arguedas, actor ejemplar de la lucha por el reconocernos como personas de la misma nación, hizo de puente al traducir huaynos, recoger mitos, publicar en

7. Narrado al autor por una persona participante en las reuniones.

diarios y revistas, y escribir literatura teniendo como eje el mundo serrano. Años más tarde, Cristián Bendayán, artista plástico, cumple esta función para re-conocernos, en este caso desde y hacia las culturas de la Amazonía. Su labor no solo ha implicado que se conozca la producción artística de esa región; también nos permite escuchar las voces de los creadores y contenedores de la sabiduría amazónica.⁸

Seguir viendo la nación desde la óptica y la sensibilidad de la élite criolla es un error, por más que siga detentando una porción importante del poder político, económico y cultural.

¿El Perú se ha hecho más democrático?

¿Esto ha hecho que el Perú sea más democrático? No; en general, no. Pero la democracia no depende de los grupos étnicos ni de la preeminencia de una cultura comunitaria sobre la individualista. No depende solo del tipo de vida social, sino también de los gobiernos. La élite política se ha pluralizado por procedencia social y cultural, pero esto no significa que tengamos una élite más responsable. Tampoco es una nueva élite que haya aprendido a pactar políticamente; esta es una pesada herencia no superada desde inicios de la república.

Lo mismo sucede con la economía —y no solo con la informalidad—: los empresarios “emergentes” no son necesariamente más “buena gente”. Sabernos iguales es también reconocer que, como peruanos, podemos tener actitudes semejantes o distintas, al margen del lugar y la cultura de procedencia. Es un prejuicio paternalista la idea de que por provenir de determinadas regiones o culturas las personas tienen mayor consideración, por ejemplo, con sus trabajadores. Este prejuicio del “buen salvaje” no le hace ningún favor a los pueblos originarios y afrodescendientes porque significa considerarlos de segunda clase.

Quizás el desafío sea construir, en medio de una gran desconfianza interpersonal y de la vigente tradición autoritaria y conservadora, una práctica que —reconociendo las diferencias— canalice los intereses y conflictos en favor de una cultura de respeto mutuo que se exprese en pactos sociales y políticos. Esto posibilitaría, directa o indirectamente, que el Estado cumpla con garantizar la provisión de servicios de buena calidad y con imponer la observancia del orden democrático en una sociedad diversa.

8. Como Bendayán y Arguedas, en tiempos de Youtube miles de peruanos ponen a nuestro alcance expresiones identitarias que nos dicen “esto somos todos”, “somos el país, somos la nación, esto también eres tú”. Dos ejemplos que también nos llevan en esta dirección: *Sigo siendo*, el documental de Javier Corcuera, y las ferias de arte popular Ruraq Maki (Hecho a mano).

Referencias bibliográficas

- Anderson, Benedict (2006). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Arguedas, José María (2013). "No soy un aculturado". En *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Lima: Estruendomudo.
- Degregori, Carlos Iván (1996). Ayacucho, después de la violencia. En Carlos Iván Degregori, José Coronel, Ponciano del Pino y Orin Starn. *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*. Lima: IEP.
- _____. (2013 [2003]). Perú: identidad, nación y diversidad cultural. En *Del mito de Inkarri al mito del progreso. Migración y cambios culturales*. Lima: IEP.
- IEP, Instituto de Estudios Peruanos (2020). Informe de Opinión. Octubre 2020. Información política, redes sociales e internet. Lima: IEP.
- INEI, Instituto Nacional de Estadística e Informática (2018). *Autoidentificación étnica: población indígena y afroperuana. Censos nacionales 2017*. Lima: INEI.
- Manrique Gálvez, Nelson (2005). La difícil construcción de la comunidad nacional. Conferencia, Aula Magna 2005. Lima: PUCP.
- Martuccelli, Danilo (2015). *Lima y sus arenas. Poderes sociales y jerarquías culturales*. Lima: Cauces.
- Matos Mar, José (1984). *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: IEP.
- Nugent, Guillermo (2016). *Errados y errantes. Medios de comunicación en la cultura peruana*. Lima: La Siniestra.
- Renan, Ernest (2006 [1882]). ¿Qué es una nación? Madrid: Sequitur.
- Rey de Castro, Álvaro y César Zamalloa (s.f.). *Entrevista histórica al Dr. Carlos Alberto Seguín*. Video en Youtube. Lima: Centro de Teleducación de la PUCP.
- Sen, Amartya (2007). *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. Buenos Aires y Madrid: Katz.
- Turner, Mark (2006). *Republicanos andinos*. Lima: Centro Bartolomé de Las Casas e IEP.
- Tubino, Fidel (2015). La interculturalidad en cuestión. Lima: Fon. En Juan Carlos Ubilluz, Alexandra Hibbett y Víctor Vich (editores), *Contra el sueño de los justos: la literatura peruana ante la violencia política*. Lima: IEP.

Resumen

El Perú es una nación instalada por los hechos, de manera gradual, como tantas otras de composición multiétnica, multicultural y multilingüe, y que han sido colonizadas en algún momento de su historia. Esto no ha sido producto solo, ni principalmente, de la acción homogeneizadora y a menudo represiva de la "nación criolla", sino sobre todo de los esfuerzos por hacerse reconocer provenientes del mundo andino, amazónico y afrodescendiente. Es su logro, resultado de su empoderamiento. La nación —un "nosotros", aunque heterogéneo y desigual— se ha instalado sobre todo por la acción e iniciativa

—a veces desesperada y siempre pertinaz— de los sectores llamados subalternos o populares. Su voluntad de formar parte de una colectividad nacional se ha ido abriendo paso. No ha sido la élite criolla la promotora principal de este cambio.

Palabras claves: cambio, conflicto, identidad, migración, racismo

Abstract

Peru is a nation installed by facts, in a gradual way, as many others, especially those of multiethnic, multicultural and multilingual composition, that has been colonized at a given moment of its history. This has not been only and principally the result of the standardizing and at times repressive action of the “creole nation”, but principally by their efforts to be recognized as members of the Andean, Amazonian and Afrodescendent world. This is their achievement, resulting from their empowerment. The nation—understood as a “we”, even if heterogeneous and uneven— has been installed because of the action and initiative —at times desperate and always obstinate— of the segments called secondary or popular. Their will to be part of a national or local community has been opening the way. The creole elite has not promoted this change.

Keywords: change, conflict, identity, migration, racism